

# ALICANTE, ASTURIAS: VOTO A LA IZQUIERDA

**N**ADIE se priva del análisis de las cifras de las elecciones parciales de Asturias y de Alicante, y todo el mundo quiere mover con ese agua su propio molino. A partir, sobre todo, de la elevada cifra de abstenciones en las dos circunscripciones, tan fácilmente capitalizables. Los votos perdidos los reclama la derecha para sí misma: esto es, la derecha que repudia la democracia y sus mecanismos como males intrínsecos. En efecto, dentro de una gran amplitud de conceptos, la democracia es un régimen de izquierda puesto que históricamente significa el reparto del poder entre los representantes del pueblo, descargando de él a las clases dominantes: el poder absoluto, las aristocracias. Unas poblaciones que el 15 de junio acudieron a las urnas en un porcentaje superior al 80 por 100, y menos de un año después no dan ni siquiera el 50 por ciento son, de hecho, unas poblaciones desencantadas. De la democracia, naturalmente.

**D**ENTRO de la validez general de este planteamiento, hay que hacer algunas puntualizaciones. La primera es una ley general en todo el mundo democrático: unas elecciones parciales producen siempre un interés inferior a unas elecciones generales. Una de las razones que se aducen es la de que —salvo en casos excepcionales, de diferencias parlamentarias mínimas entre mayoría y minoría— no alteran la balanza del poder, no se reflejan en una alternativa de gobierno. La segunda es también una ley general: el Senado interesa siempre menos que la Cámara Baja. En todos los países, el Senado ofrece un perfil monótono y poco operativo: sucede también en España, y de una manera bastante notable, a pesar de que existe una considerable confusión entre las funciones respectivas de las dos Cámaras. Por lo tanto, hay una parte en el porcentaje de abstenciones que corresponde a hechos de los que podríamos llamar naturales.

**O**TRA parte, sin duda importante, corresponde al factor de desencanto. ¿De la democracia? Podría puntualizarse que de esta democracia, o de este intento de democracia. Por las circunstancias especiales de España, gran parte de los ciudadanos han perdido lo que pudieron tener en un principio: la esperanza de su participación. La noción de que "cuentan". La política de consenso, que se está reflejando continuamente en todos los debates, y muy actualmente en el de la Constitución dentro de la comisión corres-

pondiente, puede ser un mal menor con respecto a otros que pueden amenazar al país, pero nunca puede confundirse con un estimulante democrático. Sobre todo, cuando fallan los resultados. La deterioración de todos los aspectos de la vida pública, a partir de lo más elemental —la implacable caída económica de todos los sectores, desde el del empresario hasta el del obrero— y la desesperante sensación de que el cambio no funciona, ni en lo que atañe a las grandes líneas de la vida colectiva ni en lo que se refiere a las vidas privadas de cada uno, pueden provocar la sensación de que el pacto o el consenso no atraviesan la



Fernando Morán, nuevo senador socialista por Asturias.

realidad. Se quedan en intenciones y en miedos.

**E**XISTE también algo que fue ya bastante notorio en las elecciones generales, y que se resolvió con un impulso: la desorientación de la mayoría de los ciudadanos con respecto a los partidos políticos. Muchas personas que habían vivido toda su vida sin partidos políticos —por imperativos de la dictadura— se encontraron en las vísperas electorales dentro de una perplejidad considerable. Pero con la noción de que debían votar: es decir, con un simple sentido democrático de la política. Se decidieron finalmente movidos por impulsos de resonancias históricas, o de seguridad, o de influencias familiares; qui-

zá simplemente por intuición. Algunos, por efecto de la propaganda. Muchos, en el año transcurrido, han aumentado esa perplejidad y esta vez han preferido no acudir a las urnas.

**D**ENTRO de todo ello, ¿qué pueden significar los votos finalmente emitidos? Lo más notable es, al parecer, que el PSOE conquista las dos plazas de senadores —y los políticos prácticos dicen siempre que lo que cuentan son los escaños—, y otro, el progreso general del PCE. Se aducen razones específicas para ello: que las abstenciones no les atañen porque es un partido de militantes disciplinados, o que la procedencia de un héroe histórico como Horacio Fernández Inguanzo arrastra fácilmente los votos en una región obrera. Honestamente, no se ve como estos hechos pueden interpretarse de una manera peyorativa o con ánimo de disminuir una forma de triunfo: el hecho de que un partido sostenga y aumente sus militantes dentro de una fe ideológica y práctica, o el que proporcione a una región un combatiente histórico no pueden considerarse más que como méritos. Dentro del desencanto general, el PCE está indemne, o por lo menos, menos tocado que otros partidos: sobre todo, cuando se produce esta votación muy poco después de lo que se consideraba como escisiones importantes —sobre todo en Asturias— y de la crisis del "abandono del leni-





**Alberto Pérez Ferré,**  
senador del PSOE por Alicante:  
el beso de la victoria.

nismo". Dentro de la especulación, se supone que el PCE ha sido menos afectado que los demás por las abstenciones, y que en una votación normal —tomando como norma el 15 de junio, que tampoco lo es, sino fruto de una circunstancia excepcional como era el de las primeras elecciones después de cuarenta años— sus porcentajes con respecto a los demás partidos hubieran sido muy cortos. Es muy probable que sea así, pero la realidad y la honestidad indican que el hecho de que no haya sido tocado por las abstenciones es muy importante. ¿Ha crecido también por el "voto negativo"? Esta es una tesis acuñada durante la guerra fría en los países occidentales: mucha gente vota por los comunistas sin serlo y únicamente como protesta contra los demás partidos, por negar su voto a los que realmente manejan la nación sin resultado práctico. Aparte de que es una tesis que está sin probar, y menos en esta ocasión, tampoco se puede considerar como contraria: significa que ese partido reúne, todavía, a nivel popular, una serie de esperanzas que los otros no tienen. Y tampoco debe olvidarse la posibilidad de otro voto negativo: los de los que entregan su sufragio a partidos en los que no creen solamente porque les parecen contrarios al comunismo.

**L** PSOE tiene sus dos escaños y un triunfo que le importa decisivamente: sobre la UCD. Si toda su estrategia actual está en considerarse como el portavoz más caracterizado de la oposición y la única alternativa posible de gobierno, y la de constituir un turno clásico, las elecciones de Asturias y de Alicante refuerzan su estrategia. Pero, ¿por qué ha perdido votos? ¿Por qué los ha dejado evaporar en el humo de la abstención? En el terreno de la especulación, se dice que las declaraciones de Felipe González sobre la posibilidad de un "abandono del marxismo" han costado votos en regiones obreras y con fuerte depresión económica. Sin duda estaban hechas con la intención contraria, con la de

arrebatarse votos moderados a la UCD: tal vez no haya funcionado ese mecanismo, y pueda ser motivo de reflexión de aquí en adelante. O tal vez, no se sabe tampoco, sin esas declaraciones hubiera perdido más votos aún. Es posible que el desencanto que producen las abstenciones le haya alcanzado considerablemente: se ve, ahora, al PSOE, demasiado entregado al compromiso del poder, demasiado implicado en la maquinaria. Y en una maquinaria occidental. No era así antes.

**P**ARECE imprescindible una recuperación de imagen. Pero es indiscutible que los resultados electorales suponen un considerable paso adelante en su camino de alcance hacia el poder.

**L**A evaporación de votos de la UCD es importante y significativa. Tiene también un aspecto clásico: el desgaste del poder. No ha conseguido envolverlo suficientemente en el distras del pacto y del consenso: lo ha ejercido con voracidad y con pocas contemplaciones. La imagen se derrite a pesar de los esfuerzos retóricos de sus representantes. Se les ve, por ejemplo inmediato, hacer estos días en las Cortes grandes esfuerzos de ambigüedad: son contrarios declarados de la pena de muerte, pero se oponen circunstancialmente a que se incluya en la Constitución; son partidarios de la mayoría de edad civil a los dieciocho años, pero rechazan, también provisionalmente, una enmienda en ese sentido; defienden las garantías del ciudadano, pero proponen la inclusión constitucional de restricciones a las libertades. En todo ello, la izquierda ve la trampa de un centro que es en realidad una derecha, y la derecha, al mismo tiempo que la acusa de abrir las puertas a todo desastre —crisis empresarial, desmembración del país, deterioración económica empresarial, problema de orden público— considera que esa hipocresía de actuación favorece, finalmente, a la izquierda. UCD se ha converti-

do en el partido del mal menor, para los moderados: es una posición que permite gobernar, quizá por largo tiempo, pero que es un destrozo para un partido político.

**L**AS cifras de AP son escasas. Si aumentan sus porcentajes, reducen en cambio, globalmente, el número de votos. Pueden haber obtenido algunos de los derechistas de UCD, desencantados. Pero en ningún caso representan un partido a



**Horacio Fernández Inguanzo:** el PCE está indemne e incluso ha subido puestos.

tener en cuenta, al menos dentro de los límites parlamentarios. No tiene atractivo.

**H**AY unos grandes rasgos a tener en cuenta. Por ejemplo, la tendencia general hacia la izquierda. Ya se ve que si los partidos izquierdistas ofrecieran un frente unido, su mayoría sería aplastante. No puede ser, y es una utopía pensar, políticamente, en ello. Entre otras cosas, es una especulación sobre un hecho que podría tener consecuencias en la realidad que la modificarán: es decir, que quizá los votantes se apartasen, por miedo al riesgo, de un Frente Popular. O que en el momento culminante los dos partidos se desunieran, como ha pasado en Francia. Esta imposibilidad material no debe, sin embargo, hacernos abandonar la importancia de una realidad sobre la que la derecha medita seriamente: que, al menos en las dos circunscripciones señaladas, la mayoría de los votantes tienen una mentalidad de izquierdas y apoyan, por sus vías respectivas, un cambio radical de estructuras. ¿Puede oponerse a esta realidad la especulación de que las abstenciones son exclusivamente de derechas? No tendría sentido. ■